

en algunas partes que la razón queda corta y dicha muy á la vizcaína y muy á lo viejo, y que no hace corra el hilo del decir, pudiéndola hacer fácilmente con mudar algunas palabras y añadir algunas otras; lo cual yo no hice por lo que he dicho y sé, y porque entiendo sea diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuere posible, contar las palabras, para dar otras tantas, y no más, de la misma manera, cualidad, y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitallas á su propio sonido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender la variedad toda de sentidos á que da ocasión el original si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere.

El extenderse diciendo, y el declarar copiosamente la razón que se entienda, y con guardar la sentencia que más agrada, jugar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad, eso quédese para el que declara, cuyo oficio es; y nosotros usamos de él, después de puesto cada un capítulo, en la declaración que se sigue. Bien es verdad que, trasladando el texto, no pudimos tan puntualmente ir con el original, y la cualidad de la sentencia y propiedad de nuestra lengua nos forzó á que añadiésemos alguna palabrilla, que sin ella quedaría oscurísimo el sentido; pero estas son pocas, y las que son, van encerradas entre dos rayas de esta manera (). Vuestra merced reciba en todo esto mi voluntad; que lo demás á mí no me satisface mucho, ni curo que satisfaga á otros; bástame haber cumplido con lo que se me mandó, que es lo que en todas las cosas más pretendo y deseo.

TRADUCCIÓN LITERAL

Y DECLARACIÓN

DEL LIBRO DE LOS CANTARES

PROPIEDAD es de una lengua hebrea doblar así una palabra cuando quiere encarecer alguna cosa ó en bien ó en mal; así que, decir *Cantar de los cantares* es lo mismo que solemos decir en castellano cantar entre cantares; es hombre entre hombres; esto es, señalado y eminente entre todos, y más excelente que otros muchos. Entendemos de esto que mostró la riqueza y regalos de su amor el Señor más en este cantar, que en otro alguno, pues dice así:

CAPÍTULO PRIMERO.

ESPOSA.

- 1 Bésame de besos de su boca; porque buenos (son) tus amores más que el vino.
- 2 Al olor de tus unguentos buenos. (Es) unguento derramado tu nombre; por eso las doncellas te amaron.
- 3 Llévame en pos de ti, correremos al olor de tus unguentos. Metióme el Rey en sus retretes, regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en ti, membrársenos han tus amores más que el vino; las dulzuras te aman.

4 Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.

5 No me miréis, que soy algo morena, que miróme el sol; los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusiéronme (por) guarda de viñas; la mi viña no guardé.

6 Enséñame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía; porque seré yo descarriada entre los ganados de tus compañeros.

ESPOSO.

7 Si no te lo sabes, oh hermosa entre las mujeres; sal (sigue) por las pisadas del ganado, y apacientará tus cabritos junto á las cabañas de los pastores.

8 Á la yegua mía en el carro de Faraón te comparé, amiga mía.

9 Lindas (están) tus mejillas en las perlas, tu cuello en los collares.

10 Tortolitas de oro te haremos, esmaltadas de plata.

ESPOSA.

11 Cuando estaba el Rey en su reposo, mi nardo dió su olor.

12 Manojito de mirra mi amado á mí, morará entre mis pechos.

13 Racimo de cofer mi amado á mí, de las viñas de Engaddi.

ESPOSO.

14 ¡Ay, cuán hermosa, amiga mía (eres tú), cuán hermosa, tus ojos de paloma!

ESPOSA.

15 ¡Ay, cuán hermoso, amado mío (eres tú), y cuán gracioso! Nuestro lecho (está) florido.

16 Las vigas de nuestra casa son de cedro; el techo, de ciprés.

COMENTO.

«Bésememe de besos de su boca.» Ya dije que todo este libro es una égloga pastoril, en que dos enamorados, esposo y esposa, á manera de pastores se hablan y responden á veces. Pues entenderemos que en este primer capítulo comienza á hablar la esposa, que habemos de fingir que tenía á su amado ausente, y estaba en ello tan penada, que la congoja y deseo la traía muchas veces á desfallecer y desmayar, como parece claro por aquello que después en el razonamiento de su proceso hace, cuando ruega á sus compañeros que avisen al esposo de la enfermedad y desmayo en que está por sus amores y por el ardiente deseo que tiene de velle; que es afecto naturalísimo del amor, y nace de lo que comunmente se suele decir, que el ánima del amante vive más en aquel á quien ama, que en sí mismo; por donde, cuanto el amado más se aparta y ausenta, ella, que vive en él por continuo pensamiento y afición, le va siguiendo; tanto, que no comunica con su cuerpo cuánto quiere ó cuánto puede; desatariase de él totalmente si fuese posible, y no puede tampoco, que ya que no rompa las ataduras que la tienen en su cuerpo presa, no las enflaquezca sensiblemente, de lo cual da muestra la amarillez del rostro, la flaqueza del cuerpo y desmayo del corazón, que proceden de este enajenamiento del alma, que es también todo el fundamento de aquellas quejas de que siempre usan las casadas y enamoradas, y los aficionados y poetas las encarecen y suben hasta el cielo, cuando llaman á lo que aman alma mía, y publican haberles sido robado el corazón, tiranizada su libertad, puestas á sacomanos sus entrañas; que no es encarecimiento, ni manera de buen decir, sino verdad que pasa así por la manera que tengo dicha; y así, la propia medicina de esta aflicción, y lo que más en ella se pretende y desea, es cobrar cada una que ama su alma, que siente serle robada; la cual, porque pa-

rece tener su asiento en el aliento que se coge por la boca, de aquí es el desear tanto, y deleitarse los que se aman en juntar las bocas y mezclar los alientos, como guiados por esta imaginación y deseo de restituirse en lo que les falta de su corazón, ó acabar de entregarlo todo.

Queda entendido con esto con cuánta razón la esposa, para reparo de su alma y corazón (que la falta por la ausencia de su esposo), pide por remedio sus besos, diciendo: «Béseme de sus besos;» que es decir: Vivido he y sustentado me he con vanas esperanzas; visto he muchas promesas de su venida, muchos mensajes he recibido; mas ya el ánimo desfallece y el deseo vence; sólo su presencia y el regalo de sus dulces besos es lo que me puede guarecer; mi alma está con él, é yo estoy sin ella hasta que la cobre de su graciosa boca, donde está recogida. Y no hay que pedille vergüenza á la esposa de este caso, que el mirar esos achaques es flaqueza de afición; que el amor grande y verdadero rompe con todo, y muéstrase tan razonable y conforme al entendimiento del que ama, que no le da lugar para imaginar que á nadie le parezca otra cosa. Dice pues: «Béseme de besos de su boca;» que atenta la propiedad de su original y palabra á quien responde, que es *minesicoth*, se dirá bien en castellano, *béseme* con cuales ó *qualque besos*; en que da á entender lo mucho que desea la presencia de su esposo y lo mucho en que le aprecia, pues la salud de su desmayo, que es tan grande, no pide besos sin cuenta, sino cuales y qualque besos.

«Porque buenos son tus amores más que el vino.» Viene esto bien á propósito del desmayo, cuyo remedio suele ser el vino, como que imaginásemos que sus compañeras se lo ofrecían y ella lo desechaba, y responde: El verdadero y mejor vino para mi remedio sería ver á mi esposo; aunque, conforme á lo que se trata, la comparación del vino hecha al amor es buena, demás que en otro cualquier caso es gentil y propia comparación, por los muchos efectos en que el vino y el amor se conforman. Natural es al

vino, como se dice en los proverbios y en los salmos, el alegrar el corazón, el desterrar de él todo cuidado penoso, é hincharle de ricas y grandes esperanzas; hace osados, seguros, lozanos, descuidados de mirar en muchos puntos y respetos á aquellos á quien manda, que todas ellas son también propiedades del amor, como se ve por la experiencia de cada día, y se podría probar con muchos ejemplos y dichos de hombres sabios, si para ello nos diera lugar la brevedad que tenemos prometida. Dice más adelante:

«Al olor de tus ungüentos buenos.» Hase de entender y añadir: Volveré en mí y sanaré de este mi desmayo; porque está falta y cortada esta sentencia, como dicha de persona apasionada y enferma, que le falta el aliento, y como acontece las más veces en todo lo que se dice en alguna vehemente pasión, que el ardor demasiado del ánimo trava la lengua y demedia las palabras y razones. «Ungüentos buenos» llama á lo que en nuestra lengua decimos aguas de olor ó confecciones olorosas, que todo viene bien en el desmayo que tenemos dicho, para cuyo remedio se suele usar de cosas semejantes. Así que, todo es demostración y encarecimiento de lo mucho que ama á su esposo y de lo mucho que puede con ella su vista y presencia; porque es como si dijese: Si yo viese á quien amo, con la fragancia sola de sus olores tornaría en mí; declara cuán grande sea esta, y por eso dice y añade: «Ungüento derramado es tu nombre.» Derramado, según la propiedad de la lengua hebrea, y palabra á quien responde, quiere decir repartido en vasos, ó mudado de unas vasijas en otras, porque entonces se esparce más su buen olor. «Tu nombre» no quiere decir tu fama, como algunos entienden, y como se suele entender en otros lugares; porque eso viene fuera de lo que se trata; quiere pues decir el nombre en que es llamado cada uno; así que, dice, llámasete olor esparcido, que es decir, es tal y trasciende tanto tu buen olor, que podemos justamente llamarte, no oloroso, sino el mismo olor

esparcido; que es manera usada en la Sagrada Escritura y en otras lenguas, en la cosa que uno es loado ó vituperado ponelle el nombre de ella, para mostrar que la posee en sumo grado y no así como quiera; como parece claro acerca de san Mateo adonde Cristo á Simón el principal, para demostración de su firmeza y constancia, le puso por nombre *Cephas*, que quiere decir piedra. Mas porque no parezca que la afición engaña á la esposa, y que no es ella sola á quien parece esto, añade luego: «Por tanto, las doncellas te amaron,» las cuales propiamente se pierden por todo lo que es oloroso, hermoso y gentil. «Llévame en pos de ti, correremos.» Puede entenderse esto como cosa que está junta con la razón ya dicha, de arte que de todo ello resulte esta sentencia de la esposa al esposo: Ven y llévame en pos de ti con el olor de tus olores, que es tan grande, que aficiona á todos, que seguirte he corriendo; ó decirte que es razón por sí distinta de todo lo arriba dicho; la cual explicación con nuevo encarecimiento declara el deseo que tiene de verse con su esposo, que estando enferma y sin fuerzas, dice que le seguirá corriendo si la quiere llevar consigo.

«Metióme el Rey en sus retretes.» Cuán natural es esto al amor, imaginar que pasó ya lo que desea, y tratar como de cosa hecha de lo que pide la afición, bien se deja conocer; porque dijo que el esposo la llevase y metiese en su casa, donde le hace grandes regalos, y así dice: *Metióme*, que según el uso de la lengua, aunque muestra tiempo pasado, es cosa que está por venir, para mostrar la certidumbre y esperanza de que será. Así que, en decir «Meterme ha el Rey», olvidóse de la persona de pastora en que hablaba; y así, llámale por su nombre, que siempre el amor trae consigo estos descuidos; ó por ventura es propiedad de aquella lengua, como lo es de la nuestra, todo lo que se llama en extremado amor llamarse así mi rey y semejantemente. «En sus retretes,» esto es, en todos sus retretes, dándome parte de todas sus cosas, que es prenda certísima

de su amor. Declárase esto en lo que se sigue: «Regocijarnos hemos, alegrarnos hemos en ti,» esto es, juntamente contigo. «Membrárenos han tus amores más que el vino; las dulzuras te aman;» y muestra por el defecto el exceso de los regalos y placeres que ha de recibir en el retrete de su esposo, porque dice le quedarán impresos en la memoria más que ningún otro placer ni contento.

En este lugar hay diferencia entre los que escriben la traslación de él, y nace todo el peligro de la palabra hebrea *nazchira*, que yo traslado dulzuras, la cual propiamente suena derechezas, y aunque suena así, dicen algunos hebreos doctos en aquella lengua que cuando está junta con esta palabra..... (1), que significa el vino, le dan título de bueno y preciado, como si dijésemos que justamente y con derecho se bebe; y tiene algunos lugares de la Escritura que ayudan á éste, y de aquí son diferentes los pareceres. San Jerónimo sigue el sonido de la voz, y así traslada las derechuras ó derechos, esto es, los justos y buenos te aman. Siguiendo esta letra, quiere decir, acordarme he de tus amores, esto es, de los que me tienes y yo te tengo, de tu trato y conversación blanda, regalada y amorosa, más que de ningún otro placer ó alegría, que todas ellas se entienden por el vino, por el alegría y placer grande que da y pone á los corazones de los que de él usan; y da luego la razón que tiene de preciar tanto los amores del esposo y de acordarse de ellos, diciendo: Las dulzuras ó derechuras te aman; que es decir: Todo lo que es bueno, dulce y apacible te cerca y abraza; estás cercado de dulzuras, eres acabado y perfecto en todas las cosas. La traslación de otros dice así: Membrárenos han tus amores más que el vino preciado, te aman (las doncellas); de arte que, según esto, en decir membrárenos han tus amores, se hace punto, y en lo que sigue todo es mostrar la esposa que no es ella sola la de este parecer en querer y preciar

(1). No se halla en los manuscritos.

tanto á su esposo, pues es amado de todas las doncellas generalmente.

Puédese, á mi juicio, aún leer de otra manera, y no menos que ésta: membrarémonos, poner luégo punto, como se ve en su original, y seguir luégo: tus amores mejor que el vino dulce ó preciado te aman, esto es, te hacen amable; y la causa es, porque son más dulces y deleitosos que la misma dulzura y deleites, que, como he dicho, se declara en el vino; y según esta manera, en la primera palabra membrarémonos, acordarémonos, que al parecer queda así desacompañada, se encierra un accidente muy dulce y muy natural en los que bien se quieren, cuando acontece verse después de algún año y larga ausencia, que se cuenta el uno al otro con todo el mayor encarecimiento que saben, la pena y dolor en que por esta ausencia ha vivido. Así que, la esposa, como había dicho que se vería en el secreto de su esposo, se alegraría y regocijaría juntamente con él, añade convenientemente lo que por orden de afición se sigue después del regocijo de la primera vista; acordarnos hemos, esto es, contaremos, tú á mí y yo á ti, lo mucho que en esta ausencia hemos pasado y padecido; traeremos á la memoria nuestras ansias, nuestros deseos y temores. Pues quede aquí que esta razón, por cualquiera manera que se entienda, va llena de ingenio y de gentileza y de una afición blandísima.

«Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.» Bien se entiende del salmo 44, adonde á la letra se celebran las bodas de Salomón con la hija del rey Faraón, que es, como he dicho, la que habla aquí en persona de pastora y en figura de la Iglesia, que era no tan hermosa al parecer de fuera, cuánto en lo que encubría de dentro; porque allí se dice: «La hermosura de la hija del Rey está en los escondidos;» pues responde ahora la esposa á lo que la pudieran oponer los que la veían tan confiada del amor que le tenía su esposo, siendo al parecer morena y no tan hermo-

sa, que siempre en esto tiene gran recato el amor. Dice pues: Yo confieso que soy morena, pero en todo el resto soy hermosa y bella, y digna de ser amada; porque debajo de este mi color moreno está gran belleza escondida, lo cual cómo sea declara luégo por dos comparaciones; soy, dice, como las tiendas de Cedar y como los tenderones de Salomón. Cedar llama á los alárabes, porque son descendientes de Adar, el hijo segundo de Ismael, que es gente movédiza, que no vive en lugares, sino en campo, mudándose cada un año donde mejor le parece, y por eso viven siempre en tiendas hechas de cuero ó de lienzo, que se pueden mudar ligeramente. Así que, es la esposa en hermosura muy otra de lo que parece, como las tiendas de los alárabes, que por defuera las tienen negras del aire y sol á que están puestas, mas de dentro en sí encierran las alhajas y joyas de sus dueños, que son muchas y ricas; y como los tenderones que suelen usar en la guerra Salomón, que lo de fuera es de cuero para defensa de las aguas, mas lo de dentro es de oro y seda y hermosas bordaduras, como suelen ser los de otros reyes. Esto es en cuanto á la letra; que según el sentido que pretende el Señor, clara está la razón por qué la Iglesia, esto es, la compañía de los justos, y cualquiera de ellos tiene el parecer de fuera moreno y feo, por el poco caso y poca cuenta, ó por mejor decir por el grande mal tratamiento que el mundo les hace, que al parecer no hay otra cosa más desamparada ni más pobre y abatida que son los que tratan de bondad y de virtud, como á la verdad estén queridos y favorecidos de Dios, y llenos en el ánimo de incomparable belleza.

«No me miréis, que soy morena; miróme el sol.» Responde esto bien á lo natural de las mujeres, que no saben poner á paciencia todo lo que les toca en esto de la hermosura, que, según parece, bien pagada quedaba esta pequeña falta de color con las demás gracias que de sí dice la esposa, aunque en ello no hablara más; pero, como le oscurece, añade diciendo, y muestra que esta falta no es

natural de tal manera que no tenga remedio, sino venida acaso por haber andado al sol, y aun eso no por culpa suya, sino forzada contra voluntad por la porfía de sus hermanos; y así dice: «Los hijos de mi madre porfiaron (encendidos) contra mí; pusiéronme por guarda de viñas, mi viña no guardé.» Donde dice mi viña, en el hebreo tiene doblada fuerza, que dice (mía, remía); dando á entender cuán propia suya es y cuánto cuidado debe tener de ella, como si dijera, la mi querida viña de mi alma; que tal es en la estima de las mujeres todo lo que toca á su buen parecer y gentileza. Dice pues que no guardó su viña, porque se olvidó de sí y de lo que tocaba á su rostro por atender en guardar las viñas ajenas, en que los hermanos la habían ocupado por fuerza; y no se ha de entender que esto pasó así por la hija de Faraón, que habla aquí, que siendo hija de rey, no es cosa verosímil y de creer, sino presupuesta la persona que representa y á quien imita hablando, que es de pastora, es la más propia y gentil disculpa y color que podría dar á su mal color, decir que ha andado en el campo al sol, forzada de sus hermanos, y que, como pastores, era gente tosca y de mal aviso. En el sentido del espíritu es grande verdad decir que sus hermanos la hicieron esta fuerza, porque ningún género de gente es más contrario y perseguidor de la verdadera virtud que los que la profesan en solos los títulos y apariencias de fuera, y los que nos son en mayor deuda y obligación, esos las más veces experimentamos por mayores capitales enemigos.

«Enséñame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía.» Disculpada de su color, torna á hablar con su esposo, y no pudiendo sufrir más la dilación, desea saber dónde está con su ganado, que se determina á buscallo, que el verdadero amor no mira en puntillos de crianza ni en punto de honores, ni espera ser convidado primero, antes él se convida y se ofrece, y aunque había llamado la esposa á su esposo para su remedio, y no le responde, no por eso se entibia ó desdeña ó hace caso de

honra, antes crece de nuevo más, y pues él no viene, ella determina de ir en su busca. Y puédese entender esto en dos maneras: ó que sea un mostrar al esposo lo mucho que desea saber de él para seguirle, ó excusarse que si no lo hace es por no andar vagueando, perdida y de monte en monte; como si dijese: Ojalá yo supiera, amor mío, ó tú me lo hubieras dicho, dónde estás con tu ganado, que fuera luego allá; mas si no lo hago, es por no andar de cabaña en cabaña preguntando á los pastores; ó entendemos (y esto es lo más cierto y natural) que pide al esposo dónde ha de sestear al mediodía, que luego se irá allá. Y no estorba esto, que estando el esposo, como presuponemos que está, ausente, ni podrá oír los ruegos de la esposa ni satisfacer á su voluntad; porque en el verdadero y vivo amor pasan siempre mil imposibilidades semejantes; que con la ardiente afición se ocupan así y se ciegan los sentidos, que engañándose, juzgan como posible y hacedero todo lo que piensan; y así, por una parte habla la esposa al esposo como si lo tuviera presente y lo viese y oyese, y por otra no sabe dónde está determinada, como quiera que sea, de buscallo, en lo cual podría haber inconveniente de perderse; y por esto añade: «Porque andaré yo descarriada ó escaminada entre los ganados de tus compañeros.» Donde decimos descarriada ó escaminada, otros trasladan arrebozada, porque la palabra hebrea á quien responde, sufre lo uno y lo otro; y decir arrebozada es decir mujer ramera y deshonesta y perdida, porque este era el traje de las tales entre aquella gente, como se entiende en el capítulo 38 del *Génesis*, cuando Tamar, puesta en semejante hábito, hizo creer á Judas, su suegro, que era ramera. De la una manera y la otra hace buen sentido, porque dice: Yo me determino de buscarte; pero no es justo que ande descaminada como si fuera una desvergonzada y deshonesta, y por tanto conviene que sepa yo dónde tu estás.

Hasta aquí ha dicho la esposa; agora habla el esposo y

responde á esto postrero, diciendo: «Si no te lo sabes, hermosa entre las mujeres, salte y sigue las pisadas del ganado, y apacentarás tus cabritos junto á las cabañas de los pastores.» No puede sufrir un corazón generoso que quien le ama pene mucho tiempo por él, y por eso le dice (entendiendo que su esposa lo desea) que siga la huella del ganado, que por ella le hallará. «Si no te lo sabes,» el (te) abunda y está de sobra. Propiedad es de la lengua hebrea, como en la nuestra decimos, no sabes lo que te dices, y otras tales. «Hermosa entre las mujeres,» es decir, más hermosa que todas; «apacienta tus cabritos;» general decoro es decir cabritos, porque ordinariamente las mujeres, por ser más delicadas, no las ponen en recios trabajos. Si el marido cava, ella quita las piedras; si poda, ella sarmienta; si siega, ella hacina; y así, si el marido trae el ganado mayor, ella suele traer el menudo. El hebreo dice *hacuab*, que es la postrera parte del pié, que en español llamamos carcañal, y poniendo el nombre de la causa á su efecto en este lugar, valdría tanto como decir, la huella, la cual puede tener dos entendimientos: que diga el esposo á su esposa, ó que siga la huella que hallará del ganado que pasó ya, ó que vaya en pos de sus cabritos de ella, los cuales, por la costumbre de otras veces, ó por el amor ó instinto natural que los guía á sus madres (habemos de entender que, como se suele hacer, habían quedado cerrados en casa, y el esposo traía las madres paciendado por el campo), la pondrían do su esposo; y así añade: «Y apacentarás tus cabritos junto á las cabañas de los pastores,» que es decir ellos te llevarán adonde los lleva á ellos su amor y adonde tienen su pasto, que es lugar adonde yo estoy con los demás pastores. El sentido espiritual es decir el esposo que siga para hallarle la huella del ganado, para avisar á las almas de los justos que le desean, de dos cosas muy importantes. La una, que para hallar á Dios, aun en las cosas brutas y sin razón tenemos bastante guía; que, como lo dice el salmo 18, la grandeza

ó lindeza del cielo, las estrellas con sus movimientos en tal diversidad tan concertadas, y con tanta orden los días y las noches, con las mudanzas y sazones de los tiempos, que siempre vienen tan á tiempo, nos dicen á voces quién sea Dios, para que no quede disculpa alguna á nuestro descuido. La otra, que el camino para hallar á Dios y la virtud no es el que cada uno por los rincones quisieré imaginar y trazar para sí, sino el trillado ya y usado por bienaventurado ejemplo de infinitas personas santísimas y doctísimas que nos han precedido.

«Á la yegua mía en carro de Faraón te comparo yo, amiga mía.» Con la gentil presencia de su esposa concibe el esposo nuevas llenas de amor, que le hacen dar muestra por galanas comparaciones de lo bien que le parece. Hermosa cosa es y llena de gentil brío una yegua blanca y bien enjaezada, cuales son las que hoy día usan los señores en los coches. Pues muestra el esposo en esto la lozanía y gallardía de ver su esposa, y dice, en carro de Faraón, significando por él al rey, la tierra y reino de Egipto, cuyos reyes se llaman así; que quiere decir tanto como vengadores y restauradores, que los antiguos ponían nombre á los maestros de la república, á cada uno conforme á la obra de su oficio. Pues hase de entender que en aquel tiempo eran muy preciados los carros que se hacían en Egipto, y las yeguas traídas para ellos de allá, como parece del tercero libro de los *Reyes*, y Salomón, que es el que habla aquí, como rey riquísimo, tenía en grande abundancia las mejores de estas cosas, porque él enviaba por ellas, y el rey de Egipto se las enviaba y presentaba. Ya otra vez he comenzado á decir, y quedará de aquí dicho para otros muchos lugares donde es menester adelante, que aunque toda esta plática que pasaba entre Salomón y su esposa es como si pasase entre pastor y pastora, pero algunas veces se olvidan de lo que representan y hablan como quien son, como en este lugar, do dice ser suya la yegua, muestra tener coches traídos de Egipto, con gentiles yeguas que lo